

## **B) Jornada de celebración del Año Jubilar**

### **1. Mis experiencias en Rusia**

***YOLANDA GUZMÁN RUIZ***

Rusia, una de las 16 repúblicas de la antigua Unión Soviética, con una extensión de 17.075.000 kilómetros cuadrados (34 veces España), y 150 millones de habitantes: divide por los Urales en dos partes: Rusia Europea y Rusia Asiática, país en el que confluyen numerosas nacionalidades, pero principalmente marcado por setenta años de comunismo.

La Iglesia estuvo durante setenta años perseguida, pero por más que se hicieron esfuerzos y hubo medios represores para aniquilar la fe del pueblo, una fe sencilla, popular y profunda, estuvo siempre arraigada en el corazón de muchos de «los mayores», que bautizaban a sus nietos en secreto y se reunían a escondidas para rezar ante los iconos y celebrar su fe.

Durante estos siete años pasados en Moscú y San Petersburgo, son muchas las experiencias vividas, las personas a las que conocí y compartí y de las que Dios se sirvió para también liberarme a mí. Muchos años, muchas realidades y experiencias que son difíciles concentrar en tan poco espacio, pero que en la medida de lo posible quiero compartir con vosotros.

En 1991 se firmó la ley de libertad religiosa, año en el que la Iglesia católica tuvo la posibilidad de volver a Rusia después de muchos años de prohibición.

También entonces llegué yo, y la primera cuestión a la que tuve que enfrentarme fue a qué tenía que dar yo como miembro de la Iglesia católica a un pueblo de sensibilidad ortodoxa, y que además a primera vista me había

sorprendido por su generosidad, hospitalidad, honestidad..., un pueblo que me parecía «más sano» que aquel de donde yo venía. No fue fácil dar respuesta a esta pregunta, pero poco a poco me fui dando cuenta de que cuando al hombre le quitamos a Dios, le estamos quitando (lo sepa o no) lo más genuino, sus propias raíces, y queda como una planta desarraigada de su hábitat y sin tierra donde enraizarse. Una de las personas que fue haciendo un camino catecumenal muy consciente estuvo durante unos meses en México, y en una de las cartas que nos escribía decía: «Ahora entiendo a qué te refieres cuando dices que en Rusia nos faltan los cimientos, aquí amar es lo más natural».

Gorbachov, en general, tenía muy buena prensa en Europa, pero no sucedía así en su propio país, donde la gente le echaba la culpa de la crisis por la que estaban pasando. —«Antes teníamos qué comer». —«Sí, pero ahora tenéis libertad, y esto es muy importante». —«¿De qué nos sirve la libertad si nos estamos muriendo de hambre?».

La liberación es un lento y largo camino que empieza cuando nos hacemos conscientes de que estamos esclavos y que queremos salir de esa situación, entonces empezamos a luchar por ello. Aquí está la labor de la Iglesia. Uno de los principales aspectos por los que el ruso tiene que luchar es contra la desconfianza. El ruso ha nacido y crecido en un ambiente donde imperaba el recelo, la desconfianza y el miedo: donde la ideología era lo más sagrado y estaba por encima de todo, de la familia e incluso de la conciencia: desde la infancia eran educados en el ejemplo de Pablik Morozov, un niño que denunció a su propio padre por haber traicionado el sistema. Éste era el niño al que todos tenían que imitar. Por eso es muy frecuente encontrar personas que te dicen: «nosotros no sabemos quiénes somos. Eres uno en casa, otro en la escuela o en el trabajo, totalmente otro con tus amigos y otro cuando estás solo: por eso qué es lo que en el fondo de mí mismo pienso y soy, no lo sé».

En este campo la Iglesia tiene un gran reto, que es ofrecer ese espacio donde cada uno pueda ser él mismo, sin miedo a perder el trabajo o su status, o

a no poder ascender en el campo laboral, a ser excluido o marginado simplemente por su ideología o creencia religiosa. Claro que hoy por hoy el ambiente es de una mayor libertad, pero las secuelas que en las personas han dejado esos años de miedo no se quitan tan fácilmente.

La Iglesia católica en Rusia es minoritaria e incluso considerada, en el mejor de los casos, una iglesia para extranjeros, cuando no una secta: «los ortodoxos somos cristianos y leemos la Biblia». La gente carece de formación religiosa o la formación que tienen es antirreligiosa, ya que en las escuelas y universidades se impartía clases de ateísmo en el lugar de nuestras clases de religión: (a modo de anécdota, una de las catedrales ortodoxas que se encuentra en la calle principal de San Petersburgo, durante muchos años fue Museo de Ateísmo, donde se encontraban diferentes elementos de la religiosidad popular presentados como instrumentos de hechicería y magia, así como instrumentos que fueron utilizados en tiempo de la Inquisición). Sin embargo, a pesar de todo esto, el ruso es profundamente místico, y tiene una gran sensibilidad para Dios. Recuerdo, por ejemplo, las palabras de un chico que decía: «Cuando leí el Evangelio por primera vez me di cuenta de que esto era lo que siempre había anhelado y buscado».

Terminaré con la experiencia que tuvimos un verano un grupo de unas cuarenta personas de distintas nacionalidades y credos: una china, una coreana, varias personas de América Latina, de África, de Europa Occidental y de distintos países de Europa del Este, después de diez días de trabajo intenso en la construcción de una casa para encuentros y convivencias, poner suelos, lucir y pintar paredes, pintar puertas y ventanas... tuvimos un seminario bíblico, tratamos de acercarnos un poco a la Biblia y conocer al Dios de los cristianos y finalizábamos el mes con una semana de ejercicios espirituales para aquellas personas del grupo que ya habían sido bautizadas o que habían seguido un proceso de conversión. Uno de los muchachos de dieciocho años que había estado desde el principio, pero para el que éste era el primer encuentro con la Iglesia nos pidió quedarse: al final nos compartía su experiencia diciendo: «En los 18 años que tengo es la primera vez en mi

vida que me han tratado como persona, aquí vino hace un mes una fiera, se va un hombre, me voy sintiéndome persona. Ahora sé que puedo vivir y tratar a los demás de forma diferente: ahora sé que también Yo puedo amar».

Ésta es la tarea de la Iglesia católica en Rusia, colaborar desde nuestra identidad en esa labor de devolver al hombre su dignidad perdida, su dignidad de Hombre, de hombre amado y capaz de amar.